

MIL MILLAS EN MULA – INCIDENTES DE VIAJE EN BOLIVIA



LAGO DE SAN PEDRO, DEPARTAMENTO DE LA PAZ

EL itinerario del viaje fue convenido en el salón de recibo de la oficina del Director General de Telégrafos de La Paz. Por cortesía del señor Torrico y por la atención del Senador Jorge Galindo, de Cochabamba, se obtuvo una conferencia telegráfica con el Prefecto de Cochabamba, señor Dr. Isaac Aranibar y al fin de una conversación muy agradable, durante la cual el Prefecto expresó gran placer en anticipar la bienvenida de Cochabamba á *la distinguida norteamericana y á su secretaria*, se arregló todo, como caballos, mulas, guías y sirvientes, para lo que resultó ser uno de los más interesantes, deliciosos y memorables viajes, en la partida de muchos millares de millas viajados por tierra y mar. Sorprenderá á muchas personas que en la remota ciudad de La Paz fueran aprovechables tantas facilidades para una conferencia á larga distancia y las viajeras mismas se sintieron estupefactas al saber que era posible desde estas cómodas oficinas sostener sin interrupción una comunicación con los prefectos de Cochabamba, Sucre y Potosí, por medio de los servicios de un operario del telégrafo que llevaba la conversación entre ciudades apartadas por distancias de algunos días é inaccesibles en aquella estación, diciembre, excepto por largos viajes sobre mulas. Se decidió que la diligencia ordinaria bisemanal conduciría á las viajeras á Oruro, donde tomarían caballos y mulas para el resto del viaje; usando los caballos en los caminos menos difíciles. Por la cortés atención del Dr. Aranibar los caballos fueron comprometidos en Co-

chabamba y enviados á Oruro para aguardar á las viajeras, porque la estación del año no era propicia para conseguir al primer aviso animales en Oruro, y especialmente para un viaje tan largo como el proyectado. Con la demora menor posible fueron elegidos los mejores animales, para viajar por los pendientes senderos de los Andes y á través de los lechos rocosos de las cañadas, y la expedición fué puesta á cargo de un arriero que había conducido familias de un extremo al otro de Bolivia durante un espacio de veinte años: un concienzudo, sagaz, apto y enteramente excelente guía nombrado Indalecio Palacios, que merece el más alto elogio por sus fieles servicios



POSTILLÓN DE LOS ANDES

en esta ocasión.

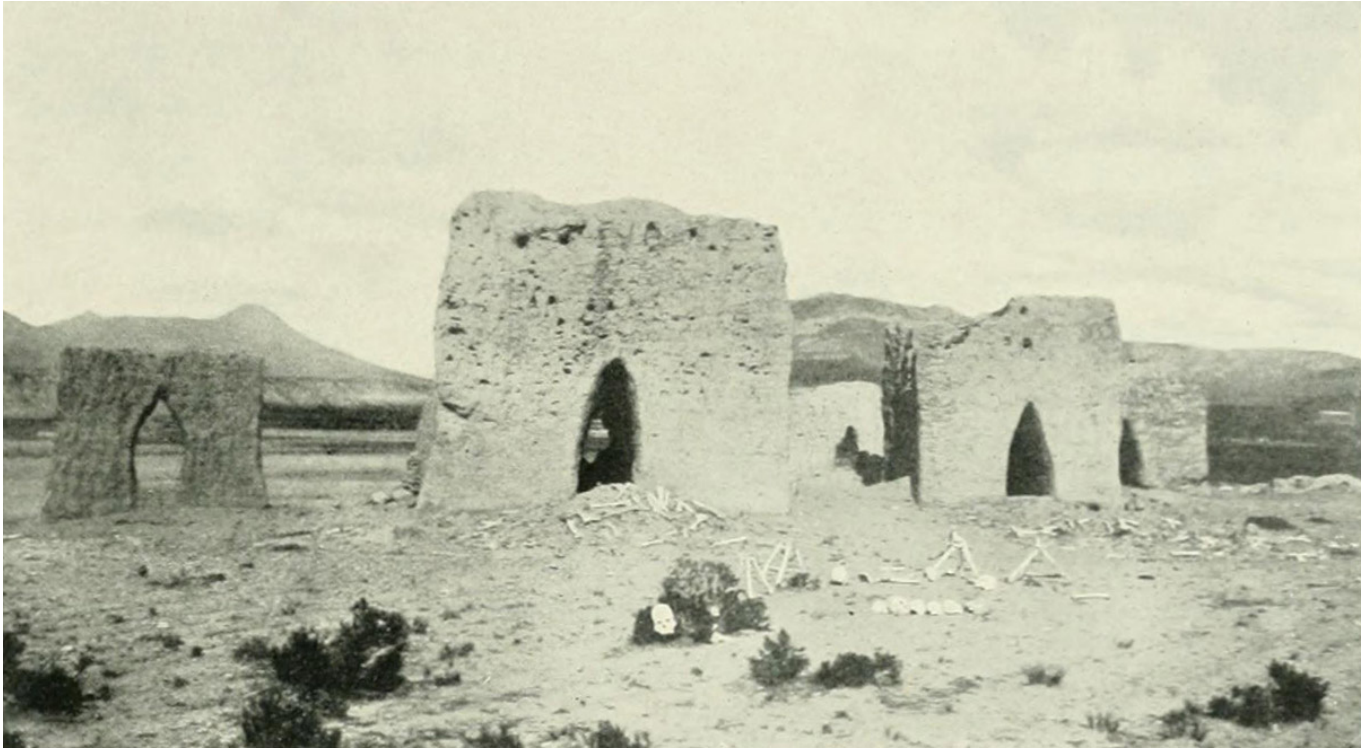
No escuchando las predicciones de desastre que hacían todos los que oían de este proyectado viaje, por ser emprendido en la peor estación del año, cuando las lluvias eran más fuertes y más destructoras las inundaciones – un viaje calificado generalmente de *jimposible!* *¡un suicidio!* y de otras horrendas maneras – las norteamericanas hicieron sus preparativos con la misma impaciencia que si hubieran recibido presagios llenos de esperanza y á las seis de la mañana del día convenido para principiar el viaje estaban ya sentadas en el pescante de la diligencia, diciendo adiós á los numerosos amigos reunidos para despedirlas á aquella temprana hora, entre los cuales se encontraba el señor Sorsby, Ministro americano, quien parecía un poco dudoso del buen éxito de esta expedición de sus compatriotas.

La vieja diligencia era semejante á la mayoría de las de su clase en Europa y América, con asientos corridos á los lados y un pescante alto para el cochero, al cual podían ser admitidos dos pasajeros en caso de aglomeración. En

tiempo bueno el pescante es preferible á un asiento interior del coche; y aunque era desapacible, una mañana fría, cuando la diligencia con sus ocho caballos salió de la estación carretera de Challapampa con las «americanas» envueltas en sus pieles y saludando con las manos desde sus sitios elevados, la situación era más agradable que la de estar adentro con personas pestañeando de sueño ó refunfuñando acerca de sus lugares.

«Ir en coche» es una frase que habitualmente sugiere la idea de caballos de pura sangre, llantas de goma y todos los accesorios de un paseo de buen tono; pero un viaje en coche puede ser una delicia, como lo demostró éste, en un viejo vehículo como una matraca, arrastrado por ocho mulas incuestionablemente ordinarias, evidentemente elegidas para la resistencia más bien que para la apariencia. La vieja diligencia subió con bastante lentitud hasta llegar á El Alto, pero una vez en la ancha meseta las bien amaestradas mulas arrancaron sobre el camino plano con sorprendente y regocijada marcha. El aire penetrante, á catorce mil pies sobre el nivel del mar, era delicioso; y cuando después de dos horas de marcha el coche se detuvo en frente de una pequeña posada,

todo el mundo estaba listo para una taza de café y un panecillo, que fueron tomados sin apesarse. Después de caminar tres horas más se llegó á la estación de Ayoayo, á la una del día, y mientras el cochero cambiaba mulas, por la segunda vez aquella mañana, los pasajeros tomaron el almuerzo, como es llamada en los países suramericanos la comida del mediodía, llamando desayuno al café y bollos de la mañana. Ayoayo es mostrado á los viajeros no solamente como el sitio donde nació el célebre Tupac-Catari, que tuvo á La Paz en estado de sitio por más de tres meses durante una insurrección contra el régimen español, en el siglo XVIII, sino también como el teatro de un



SEPULCROS ANTIGUOS, LLAMADOS "CHULLPAS", ENTRE LA PAZ Y ORURO

asesinato de soldados de Sucre, consumado por los indios hace algunos años, bajo circunstancias especialmente tristes, porque los jóvenes pertenecían á las mejores familias de la sociedad. Es un pueblo característico de la meseta, construido de adobes, sin árboles y de apariencia triste. Algunas leguas más adelante, el coche se detuvo por algunos minutos solamente en las fuentes termales de Viscachani, concluyendo el viaje del día, cerca de las nueve de la noche, en Sicasica. Todo el día los picos nevados de los Andes habían estado á la vista y, manchando el paisaje, en grupos, á cortos intervalos, se veían montones ó torres de adobe de cinco á diez pies de alto, con una bóveda gótica en el centro que daba singular apariencia á la construcción. Se les llama Chullpas, una palabra Aymará usada para designar no solamente los edificios sino también sus arquitectos, aunque no fué aplicada á los últimos hasta fines del siglo XVII. Estas chullpas son consideradas generalmente como ruinas de antiguos sepulcros Aymarás, aunque algunas autoridades creen que fueron construidas para habitaciones y es cierto que eran usadas como tales en el tiempo de la visita del Virrey Toledo al Alto Perú, cuando dió orden de que se prohibiera á los indios ocuparlas, obligándolos á formar comunidades alrededor de una iglesia cristiana. Que las chullpas fueron usadas extensamente como sepulcros en algún tiempo, está probado por el gran número de esqueletos encontrados en ellas. Cerca de las ruinas colosales de Tiahuanaco y de los restos de los palacios del Inca en el lago Titicaca, estas chullpas son las más interesantes reliquias precolombianas de la meseta.

Un largo viaje de un día desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, es suficientemente fatigante para hacer apetecible cualquier clase de posada y ninguno parecía prestar mucha atención á los alrededores de Sicasica. A las cuatro de la siguiente mañana la diligencia estaba otra vez en camino. El aire era frío y puro y desde el pescante se obtenía una preciosa vista de todo el campo. La luna desaparecía con todo su esplendor de plata detrás de un montón de negras nubes, iluminando todavía con su fantástica luz las torres de una iglesia lejana y vertiendo un blanco resplandor en toda la extensión de la llanura. Media hora después apareció el sol, rosado al principio como un niño que sale de su baño y dorado después con todo el brillo del nuevo día. Más adelante, en una parte del camino, el carruaje rodó sobre una alfombra de nieve, resultado de una tormenta de la noche precedente. El camino pasa por el campo de batalla de Aroma, famoso como sitio de la victoria de los cochabambinos sobre los españoles en la guerra de Independencia; después, por los pueblos de Panduro y Vilavila, con sus plazas y calles estrechas y sus pequeñas tiendas de las que cuelgan muñecas vistosamente vestidas para indicar que adentro se vende *chicha*; y por Caracolla, la estación del almuerzo, desde donde se dirige por el Sur á Oruro, donde el coche se detuvo á las cuatro de la tarde de uno de los días de más viento en la ciudad de Bolivia en que más se deja sentir.

Oruro está rodeado de montañas, los costados de las cuales han sido horadados en todas direcciones por los preciosos metales que contienen en abundancia. Presentaba una apariencia atractiva, especialmente para las dos norteamericanas, á la mañana siguiente de su llegada, cuando después de recibir las visitas del Prefecto, Dr. Andrés Muñoz, y del Rector de la Universidad, Dr. Rodolfo Galvarro, quien les dió una cordial bienvenida á su ciudad con la habitual hospitalidad de esta gente bondadosa, salieron á visitar los puntos de interés, con el genial director de *La Tarde* como *cicerone*. El mercado es siempre interesante á los extranjeros y medio día no fué bastante para pasarlo en sus puestos, en los que se venden al precio que parece más probable quiera pagar el comprador, mantas tejidas, de todos los colores del iris, equipos *chola*, toda clase de encajes hechos en el país, alfarería de dibujos y obra de mano primitivos y pequeñas imágenes para ser llevadas como amuletos. Como era necesario conseguir provisiones para el viaje en mula que debía principiar al día siguiente, una sirvienta *chola*, de la casa de unos amigos, fué enviada á comprar gallinas y otras cosas indispensables. En este país los métodos son distintos á los empleados donde la competencia hace á cada vendedor ávido de conseguir compradores. Aquí el comprador es quien ofrece y ruega que se le deben dar tales y cuales artículos. El proceso de conseguir un par de gallinas fué tan complicado como si hubiera sido asunto de una delicada transacción legal. El precio no era tan alto para responder á semejantes métodos exclusivos.

Habiendo llegado el arriero Palacios con los caballos y mulas de Cochabamba, se dispuso todo para comenzar el viaje á las ocho de la mañana del 14 de diciembre de 1905. El alegre optimismo con que las dos viajeras consideraban los posibles incidentes que les estaban reservados, fué explicado en la declaración: «¡Todo el mundo es tan bueno para nosotras en todas partes!» Tenían confiado y feliz semblante cuando salieron del patio del hotel por la puerta baja de piedra y volvieron las cabezas de sus caballos hacia la llanura ilimitada, cruzando la cual iban á encontrar la Cordillera Real de los Andes, y á atravesar cañadas tortuosas y sitios escarpados antes de llegar á los bellos valles y visitar las ciudades florecientes del centro de Bolivia. Para tales viajes no es posible llevar los grandes baúles que se usan en Norte-América y Europa, donde las facilidades del ferrocarril pueden hacer muy manuales los equipajes más pesados. Para el viaje en mulas se

usan cofres ligeros llamados petacas, hechas de pieles con pelo, generalmente más pequeños que los baúles de camarote. Dos de estos pueden ser atados sobre cada mula y si el peso es bien balanceado el animal puede llevar cargas muy pesadas. Las provisiones son llevadas también en estas petacas. Las alforjas son un importante aditamento del equipo del viajero, porque en ellas conduce alimentos, frutas, etc. que pueden ser comidos sin desmontarse, en caso de necesidad.

El viaje del primer día pareció más largo que las leguas recorridas, porque el sol batía con intenso calor sobre la alta meseta y



COLUMNAS DE PIEDRA ARENISCA, CERCA DE PORCO

ofuscaba el esplendor de su blanca luz. Todo el día estuvieron en perspectiva las montañas nevadas, que refrescaban la vista. El camino era casi plano y había algunas marcas de sus límites para dar señales de progreso. El antiguo pueblo de Paria, reluciendo bruscamente en el camino, después de una repentina vuelta al declive de una loma, despertó interés principal como el primer pueblo construido en Bolivia por los conquistadores. Fué causante de una demora de una hora, aunque posee poco de mérito arquitectónico, excepto una vieja iglesia que es, y probablemente lo ha sido siempre, su mejor adorno.

Pequeñas chozas, habitaciones de los pastores indios, están desparramadas en la planicie, en apariencia sin tamaño bastante para admitir más de una persona, aunque las ocupan familias enteras ó más bien duermen en ellas para protegerse del frío penetrante de esta región, después de la caída del sol. Durante el día están desocupadas, excepto en raras ocasiones. Inspeccionado el interior de una de estas pequeñas habitaciones, lo único que contenía era una marmita, una caja de fósforos, un pedazo de vela de sebo, un puñado de maíz tostado y las piedras con que había sido triturado. Parece que hay aquí poco temor al robo, porque ninguna de las chozas tiene puerta. En toda esta parte de la meseta, donde desciende hacia la Cordillera Real hay corrales cerrados por muros bajos de adobe ó de piedra. Antes de terminar el viaje del segundo día, desde Tolopalca á Ventilla, la meseta fué dejada atrás y aparecieron las verdes faldas de los valles. Palacios se sintió obligado á enseñar los objetos de interés y su información fué de las más variadas y fantásticas. Las rocas y picos dentados tomaban nuevo aspecto bajo el encanto de sus muchas leyendas; caras extrañas aparecían desde sus profundidades misteriosas; formas curiosas se levantaban en las hendiduras de la cañada; sobre una de las cimas fué mostrada la cabeza de Melgarejo con un gesto de satisfacción que podía ser ó no relativo á la seguridad de la distancia en que aparecía la forma escultural del célebre tirano. Una formidable tronada causó medio día de demora en Ventilla, pero valió la pérdida del tiempo la oportunidad que dio para observar una curiosa costumbre. Cuando cae una fuerte granizada que oculta el terreno, la propietaria de la posada saca un brasero lleno de incienso y lo pone en medio del patio, «para quemar incienso á la Virgen y que detenga el granizo.» Algunos minutos después de haber cesado el granizo, la devota mujer salió triunfalmente á retirar el brasero y á explicar su objeto á los asombrados especta-

res. Su casita tenía algunas muestras de la comodidad mundana, pero en una esquina del dormitorio de la familia había un altar á la Virgen en el que se ponían diariamente flores frescas. Era un alma alegre, feliz y pensaba que Ventilla era el sitio de residencia más apetecible del mundo.

Las cinco de la mañana era la hora acostumbrada para principiar la jornada. De Ventilla á Chuimani el camino era áspero y montañoso y una tormenta que amenazaba hizo dudar si el número de millas de costumbre sería hecho sin peligros de ser arrastrados por la corriente de un desbordamiento repentino. Pero la suerte fué favorable y después de una hora de descanso y de almorzar en Chuimani, la pequeña partida siguió á Arque á donde llegó temprano en el medio día. Una diputación de las principales autoridades de la comarca salió al encuentro de las viajeras, cuya venida había sido avisada por el telégrafo y fueron escoltadas á la Casa Municipal en la que se las recibió con discursos formales de bienvenida. Como era el natalicio del Corregidor, la ciudad estaba de fiesta y presentaba alegre apariencia. Pero aunque la invitación de permanecer allí fué cordial, era necesario aprovechar para el viaje todo día bueno, en una estación en que las tormentas significan demoras probables de una semana o más, y á las cuatro de la mañana siguiente la partida



RÍO ROCHA, CERCA DE COCHABAMBA, CON TUNARI EN LONTANANZA

salió de Arque siguiendo el lecho del río casi todo el camino hasta Capinota. El panorama de la Quebrada de Arque, como es llamada esta parte de la ruta, es grande é imponente sobre toda descripción. Nada más estupendo en precipicios rocosos y en altos pináculos puede ser visto en el Gran Cañón del Colorado, en los Alpes suizos, ni aun en el Himalaya. Impone, inspira miedo, es una de las más nobles maravillas arquitectónicas de la naturaleza. El camino de Arque á Capinota sigue el lecho del río y fué necesario atravesar la corriente más de cincuenta veces durante las cinco horas de marcha, á menudo bajo las más inseguras circunstancias, porque un torrente se

había desprendido de la quebrada la noche anterior y el vado era todavía difícil y peligroso, pues el más ligero tropiezo de los animales sobre una piedra perdida podía hacerles perder el terreno contra la fuerte corriente. Pero el arriero no faltó nunca á la atención inmediata de su carga y su «¡cuidado niñas!», servía para preservarlas de toda desatención en los críticos momentos. La marcha por Capinota era como atravesar uno de los sombríos caminos de herradura de una ciudad europea. Por casi dos millas el camino se extiende entre una doble fila de árboles copudos, por fértiles tierras de labranza, y cuando la cabalgata entró en Capinota, para sorpresa de los tranquilos ciudadanos que salían á las puertas para ver á las extranjeras, nada habría sido más agradable á las viajeras fatigadas que las limpias calles y blancas casas de aquella pequeña y atractiva



TEJENDO EL PONCHO EN UN TELAR PRIMITIVO

capital de provincia. El Subprefecto, señor Maldonado, y su encantadora familia, les dieron la bienvenida característica de gente bien nacida, en todos los países, y su generosa hospitalidad fue uno de los más agradables incidentes del viaje. Habría sido placentero pasar mayor tiempo en Capinota, pero solo algunas horas fué lo que se pudo estar ahí y el mediodía vió á las *jinetas*, como éramos llamadas, otra vez en el camino. El mediodía fué de un verdadero día de solsticio, cayendo el sol, abrasador, durante horas, con extraordinaria fiereza sobre los altos y desabrigados bordes de los costados de la montaña, á lo largo del sendero que las viajeras debían hacer. El panorama era magnífico y cuando las revueltas del camino traían un respiro de aire frío ó un trecho de sombra, parecía que las leguas se hacían más cortas aunque fué tarde á mediodía cuando se llegó al pequeño pueblo de Caraza y terminó el viaje del día. Había sido menor que la marcha diaria acostumbrada, solamente treinta millas, pero desde Arque el camino había sido primero por el lecho rocoso del río y después, hasta más adelante de Capinota, á lo largo de las asoleadas pendientes que fatigan mucho en las horas más calurosas de verano, con el resultado natural de que á la mañana siguiente las viajeras se encontraran muy cansadas, teniendo que hacer algún esfuerzo para continuar el viaje. Pero salieron á la hora de costumbre, marchando lentamente durante cuatro horas hasta que la vista, á distancia, del campamento de los ingenieros norteamericanos, cerca de Quillacollo, revivió sus espíritus decaídos y aumentó su alegría con la expectación de encontrar conciudadanos á quienes podían hablar en su propia lengua y de quienes podían oír noticias, quizás, de su querida tierra natal. Los ingenieros que estaban ocupados en el deslinde de terrenos para el nuevo ferrocarril entre Oruro y Cochabamba, ya habían recibido informes de su aproximación y parecían igualmente gustosos de ver amigos de su país. Mostrándoles toda clase de atenciones les brindaron comodidades que hicieron desaparecer los efectos de la fatiga, permitiéndoles continuar á Cochabamba, á donde llegaron al día siguiente.

capital de provincia. El Subprefecto, señor Maldonado, y su encantadora familia, les dieron la bienvenida característica de gente bien nacida, en todos los países, y su generosa hospitalidad fue uno de los más agradables incidentes del viaje. Habría sido placentero pasar mayor tiempo en Capinota, pero solo algunas horas fué lo que se pudo estar ahí y el mediodía vió á las *jinetas*, como éramos llamadas, otra vez en el camino. El mediodía fué de un verdadero día de solsticio, cayendo el sol, abrasador, durante horas, con extraor-

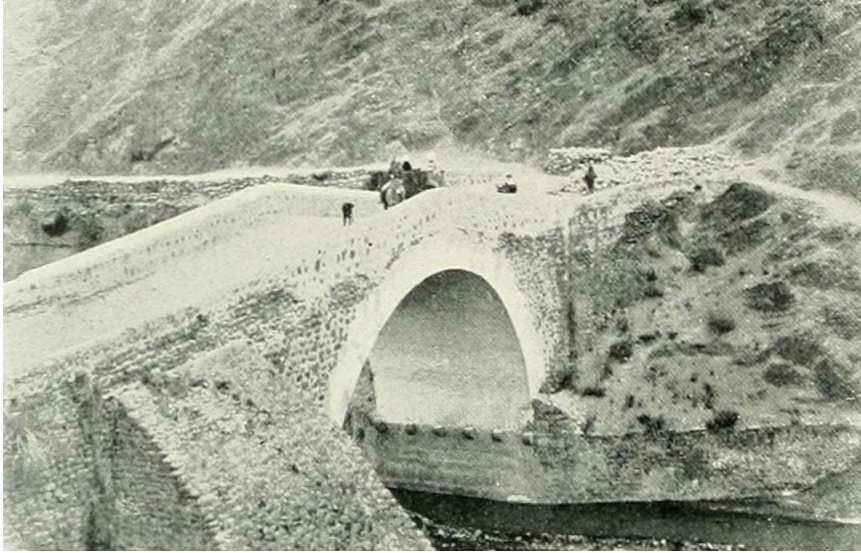
Desde Oruro á Cochabamba, una distancia de cerca de ciento cuarenta millas, los viajeros son conducidos en diligencia la mayor parte del año, y siempre hay acomodo para pasajeros en las posadas de las varias estaciones de la diligencia, pero en la larga marcha de Cochabamba á Sucre no existen estas ventajas porque no hay en la actualidad empresas de coches en este camino, que abarca una distancia de trescientas millas. Antes de dejar á Cochabamba fué necesario comprar camas y provisiones para el viaje. Se compraron camas de campaña de una clase que pueden ser arrolladas en un bonito bulto y atadas á la mula sin que reclamen mucho espacio. El resultado de una recorrida por las tiendas fué una colección de utensilios de cocina, una lámpara de alcohol y un surtido completo de latas de comestibles, casi todas de establecimientos ingleses, franceses



INDIOS EN TRAJE DE FIESTA

ó alemanes, porque los Estados Unidos están muy atrás en este mercado. Después de una agradable semana en esta ciudad, gozando de la hospitalidad del encantador pueblo de Cochabamba, la pequeña caravana estuvo lista para el viaje á Sucre. Las señoras partieron bajo los mejores auspicios, con una multitud de nuevos amigos que les deseaban feliz viaje. Era una cabalgata completa, compuesta de dos viajeras y su arriero y sirviente, tres caballos de silla, dos mulas de silla, dos mulas de carga y un asno para el muchachito que iba como ayudante de Palacios. La marcha del primer día fué por el fértil valle de Cochabamba á Arani, un pueblo á treinta millas de distancia que tiene servicio regular de coches á la ciudad, sin interrupción durante el año. En to-

do este camino se ven curiosos edificios de techo circular, usados algunos como habitaciones y otros como graneros. Se asemejan á los montones de tierra de las hormigas saüba del Brasil, en una escala mayor, o á las chozas africanas, excepto que estas de Bolivia son de adobe, el bien conocido ladrillo secado al sol que se usa generalmente en la América latina. En Punata, cerca de Arani, un antiguo cementerio presenta apariencia notable, á causa de que sus bóvedas están construidas en esa forma. El clima de Cochabamba y sus contornos es magnífico y un día de viaje



EL PUENTE DEL DIABLO, QUE ATRAVIESA EL RÍO PILCOMAYO

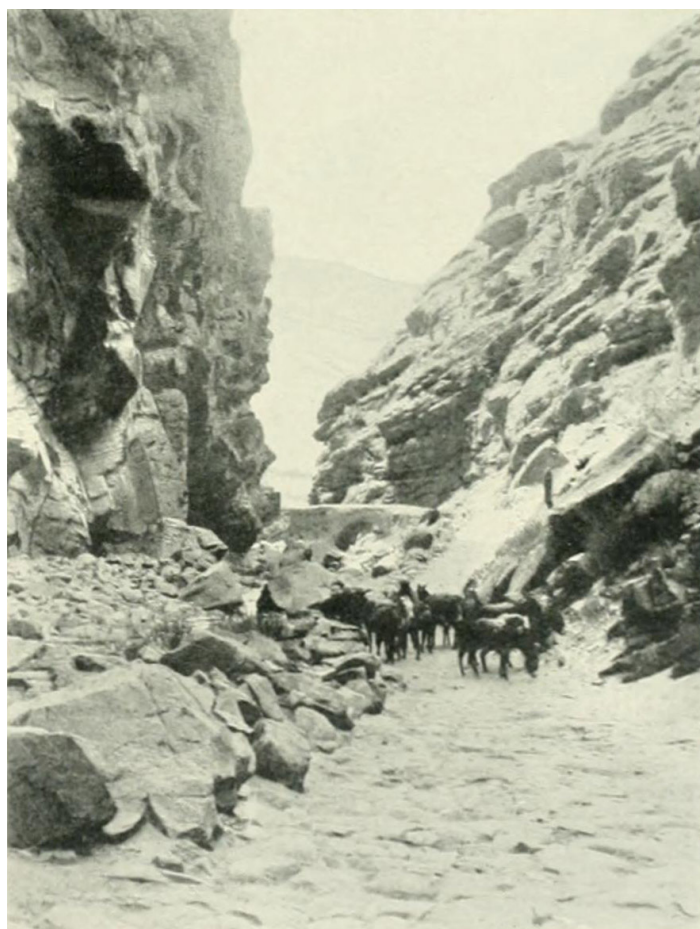
en esta parte de Bolivia, es una pura delicia. El segundo día de marcha de Arani á Ayapampa, fué una prueba de lo que significa la ascensión montañosa y las treinta millas entre las dos postas presentaron casi todas las variedades de clima y tiempo. El almuerzo pareció tan bueno comido sobre un montón de piedras, á la orilla del camino, como si hubiera sido tomado en la casa de uno y en una mesa perfectamente servida, porque la altura y el aire fortificante dan maravilloso apetito

y la ascensión había sido violenta desde las seis de la mañana hasta el mediodía. Una fuerte tempestad de agua y granizo demostró la utilidad de los vistosos ponchos que habían sido comprados en Oruro para el viaje, porque los sobretodos impermeables no reunían la doble propiedad de impermeabilidad y calor. Ayapampa es un montón de casas oscuras ó más bien sombrías en las alturas de la montaña y el centro de una comunidad pastoril. Tiene una iglesia bien construida, una buena escuela y algunas de las casas dan señales de comodidad. El Corregidor puso su casa «á la disposición de las señoras,» quienes la arreglaron confortablemente para la noche y con la ayuda de Palacios y el sirviente hicieron ensayos de cocineras, pasos iniciales hacia la adquisición de una pericia en el arte culinario que se desarrolló maravillosamente antes del término del viaje. El esfuerzo de esa noche fué un fracaso espantoso y una gran consignación de la embrionaria «torta de sartén» fué á alimentar los pájaros de la montaña. Pero todo es empezar.

El día siguiente quebrantó la medida de resistencia y nunca será olvidado como el más fatigante de todo el viaje. De Ayapampa á Mizque se estima una distancia de cincuenta millas, pero eran unas cincuenta millas tan largas como los precipicios y las pendientes sobre las rocas y las tortuosidades podían hacerlas. Habiendo salido á las cinco de la mañana y caminado continuamente hasta las nueve de la noche, con solo media hora de descanso para el almuerzo, la experiencia de este largo día hizo que las jinetas decidieran que las cincuenta millas debían haber sido contadas como las «filas de moscas.» El amanecer fué claro y frío y desde Ayapampa el camino desciende á la llanura por entre montones de nubes que vistas de arriba parecen grandes oleadas de espuma. Al atravesar las, la atmósfera era tan oscura que extendiendo el brazo difícilmente se podía distinguir la mano y desde abajo las nubes aborregadas se recamaban gradualmente de rosa y luego se perdían de vista en el azul del cielo. La primera mitad del día pasó prontamente porque la maravillosa belleza del panorama absorbía la atención. La majestad de la cordillera levantada pico sobre pico en la extensión que el ojo puede abarcar y la admirable profundidad de los verdes va-

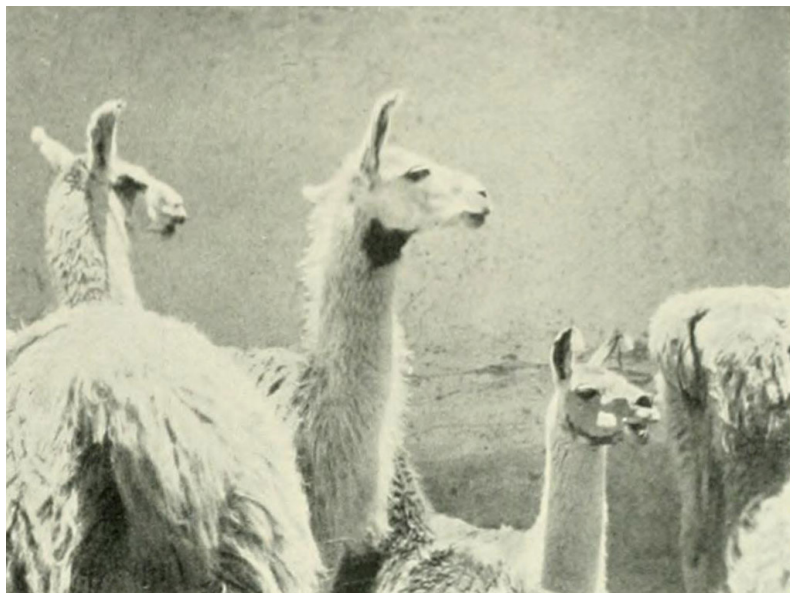
lles, vistos á lejanas distancias, imponían más allá de lo descriptible. Y cuando el descenso al cauce del río Mizque principió, la belleza de su curso tortuoso que pasaba á la vista como un variado panorama, fué encantadora. ¡Pero cuánto tiempo tomó descender de la montaña al lecho del río, que parecía no estar á más de media milla de distancia! Con creciente frecuencia se le rogaba á Palacios decir, á medida que pasaban las horas, cuántas leguas faltaban todavía y su jovial respuesta «dos ó tres leguas no más, señora,» sonaba espantosamente monótona porque la luz del día se marchitaba y destellos de luz eran los solos faros que mostraban la senda. Afortunadamente se llegó al río antes de oscurecer, pero era muy oscuro cuando la cabalgata penetró en el mismo y escasamente vacilaba una luz en la ciudad cuando los viajeros se desmontaron en la plaza y fueron recibidos por el cortés Sub-prefecto, señor Ladislao Vásquez, quien se dió prisa en proporcionarles todo lo necesario á su comodidad, expresando su sentimiento por que un accidente en la línea telegráfica, causado por la reciente tormenta, hubiera impedido recibir aviso anticipado de su llegada.

Mizque es la supervivencia de uno de los más importantes pueblos de la Audiencia de Charcas, asiento una vez de un Obispado. Es un vecindario tranquilo, pintoresco y atractivo en muchos sentidos. Se pasó un día visitando sus iglesias y jardines, porque el río estaba tan crecido por la inundación que no permitía atravesarlo. El día siguiente era el último del año y se pasó principalmente en el camino en Mizque y Aiquile, una próspera capital provincial la última, el Sub-prefecto Zde la cual, señor Nicanor Arze, es descendiente del famoso cochabambino que dirigió las fuerzas victoriosas en la batalla de Aroma. El señor Arze y su esposa hicieron la llegada del nuevo año tan brillante como fué posible á las dos extranjeras y el señor Arze las acompañó hasta Novillera, que es una de las mejores huertas de Bolivia. Con sus alforjas llenas de naranjas y limones, las señoras salieron, después de almorzar, para Quiroga, donde los alojamientos eran escasos pero la hospitalidad generosa, cediendo el señor Manuel Rodríguez su almacén para que sirviera de albergue á las inesperadas visitantes. El solo espacio aprovechable era sobre el mostrador y allí Palacios y los sirvientes arreglaron las camas para el descanso de la primera noche del Año Nuevo. Fué un día festivo de recordación porque todo el pueblo estaba celebrándolo con procesiones y música, y los indios disparando y bailando conforme á las costumbres peculiares de sus fiestas. La agitación causó alguna alarma en las viajeras, que fué prontamente calmada por las tranquilizadoras advertencias del arriero, que estaba de guardia, de que todo este ruido no significaba nada ó como él lo expresaba «no importa nada, señora.»



PUENTE SAN BARTOLOMÉ ENTRE POTOSÍ Y YOCALLA

En todo el valle central, que es la ruta de Cochabamba á Sucre, el panorama es muy parecido al de algunas partes de México, en las que el cactus crece en profusión y el clima es semitropical. Pero el cactus y el pimientó alcanzan su máximo de crecimiento en esta región, desarrollándose el primero en un solo vástago gigante de la altura de un álamo pequeño, mientras las ramas del segundo se extienden con maravilloso vigor. Se ven algunos signos de vida animal, con excepción



UN ENCUENTRO FRECUENTE EN LAS MAÑANAS DEL VIAJE

de las variedades domésticas, aunque hay muchos pájaros bellos y bandadas de loros y pericos que pasan gritando sobre las cabezas, á cortos intervalos, todo el día. No se vieron machos insectos, pero varios amigos manifestaron que se debería tener cuidado con un fiero ejemplar llamado «vinchuca,» una especie de escarabajo que, sin embargo, no apareció. Muchas magníficas haciendas están desparramadas á ambos lados del rico valle agrícola; y sobre el Río Grande, que fué cruzado una porción de veces durante un día, ha sido tendido el hermoso Puente Arce para facilitar el tránsito en esta

sección del país. Una noche, después de una marcha de treinta y seis millas por el pedregoso cauce del río, se divisó una choza de indios, construida de paja, y fué decidido que el descanso de una noche bajo su escaso techo sería mejor que un esfuerzo más enérgico para llegar á la próxima posta. Cuando fué obtenido permiso, se prepararon las camas, y las cansadas «gringas» aliviadas por la luz de la luna en el interior y el sonido de alguna distante guitarra ó charango de postillón, que nacía desmayado sobre el aire de la noche, cayeron dormidas, conservando la guardia el arriero, con un revólver que nunca encontró más serio empleo que el de despertar los ecos. Porque la experiencia ha probado en millares de casos, que los viajeros están tan seguros en las apartadas comarcas de Bolivia como en las calles de una ciudad de los centros más cuidadosamente vigilados del mundo. La principal dificultad era encontrar forraje, por ser la peor estación del año para los pastos. Fué inútil suplicar al arriero que se detuviera en alguna posta que parecía ofrecer especiales atractivos históricos ó panorámicos. «No hay forraje,» era el tañido de muerte de los sueños poéticos alimentados más de una vez en aquella memorable jornada.

El día de la llegada á Sucre rompió prometedor y claro y desde la posta de Cantumolino la cabalgata salió á las cinco de la mañana para trepar la altura casi perpendicular que señala la aproximación á la famosa ciudad. Se presentó una terrible tormenta, al principio en grandes gotas aisladas, después en un chaparrón más firme, y finalmente, como á la altura de las lomas, llamadas puna, en pedriscos tan grandes como nueces. La lluvia empapó rápidamente á las señoras hasta la piel, aunque no desalentó su entusiasmo. Fué un espectáculo magnífico de las cumbres, desde las cuales podían ser vistos los riachuelos que se escurrían de las grietas de las cimas para formarse en corrientes mayores que se hinchaban prontamente en avenidas al limpiar las barrancas más bajas de la cañada y descendían en poderosos torrentes hacia el lecho del río, ahora impetuoso. A la media hora todo acabó. Apareció el sol sobre los picos de las montañas é iluminó las quebradas deteniendo casi visiblemente el ímpetu de las aguas. Sucre parecía más blanco que

nunca después de tal diluvio y fué una de las vistas más gratas después de un viaje de nueve días, aunque todos los días habían sido deleitables.

Nadie puede alejarse de Sucre con la prontitud que lo ha pensado, cualquiera que sea la urgencia del caso; y aunque había sido la intención dedicar solo pocos días á examinar lo principal de la capital, el tiempo voló tan agradablemente que al término de dos semanas no fué sin desgana que

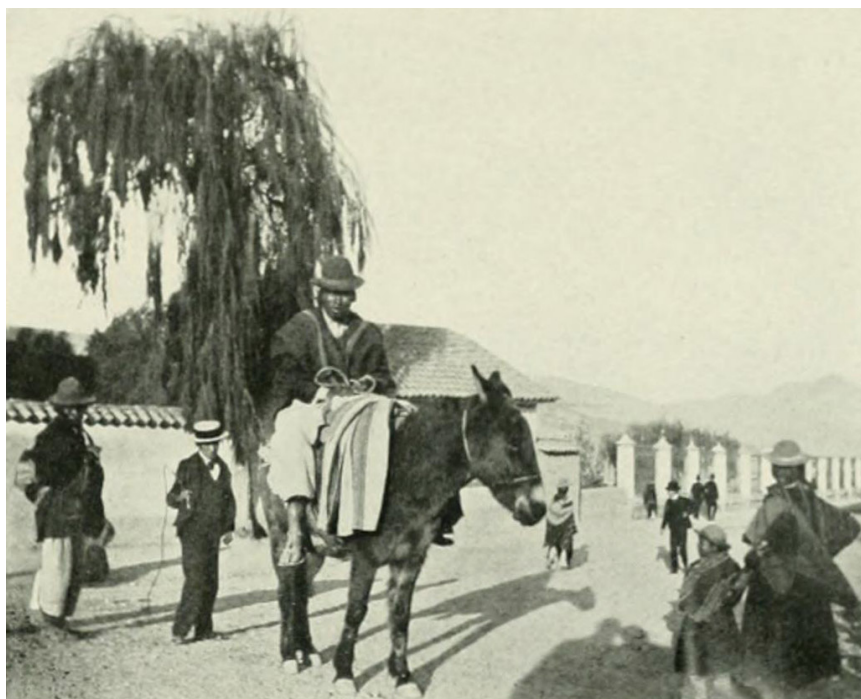


TRAJES LLEVADOS POR LOS INDIOS EN LA PEREGRINACIÓN AL SANTUARIO DE COPACABANA

se dijo adiós. La hospitalidad fué más cordial y sincera, siendo resuelto hasta el problema del cuidado de los animales, la eterna cuestión de forrajes, por un distinguido sucrense, el señor Urioste, hermano de la Princesa de Glorieta, quien los echó á pastar en la magnífica hacienda de su propiedad. Recepciones, soirées, pic-nics y un gran baile que se distinguió por tanto esplendor como si hubiera tenido lugar en una capital europea, fueron los más notables agasajos brindados á las visitantes, quienes al partir fueron escoltadas hasta la primera posta por el distinguido Prefecto Dr. Julio La Faye y un acompañamiento de los principales sucrenses, que les ofrecieron un suntuoso almuerzo de despedida. Era tarde cuando se llegó á la posta más cercana, en el puente Sucre que atraviesa el río Pilcomayo, pero desde este punto á Potosí había solamente una marcha de tres días y los caminos, aunque escarpados y estrechos, no eran peligrosos en ningún sitio. Desde el puente Sucre las señoras fueron acompañadas algunas leguas por el cortés empleado señor Rodríguez y la jornada terminó en Retiro, poco antes del medio día. Uno de los agregados interinos de la expedición, que no ha sido descrito hasta ahora, por la poca atención que atraía, fué el postillón. Este tipo sin igual presta solo sus servicios de una posta á otra, y es principalmente en las montañas que su personalidad se convierte en un rasgo pintoresco del paisaje.

En los valles es una criatura insignificante que corre sus cincuenta ó sesenta millas diarias en un tráfago, sin género expreso de conducta. Pero en las tierras altas la especie es diferente. Es un poema de andrajos y remiendos, una sinfonía prismática con individualidad tan llamativa como la singularidad puede hacerla. Su cuerno con puntas de plata se balancea sobre sus hombros y sostiene su amado *charango* pegado al corazón, aun cuando toca los extraños, monótonos tristes que constituyen las obras maestras de la música de su raza. Es silencioso, pero elocuente en su silencio, lo que no pasa con el gárrulo hombre blanco á pesar de sus rebuscadas frases. Sus cabellos abundantes, pero lacios, hacen una espesa orla negra debajo de la gorra de punto con que cubre sus orejas, y sus ojos negros, muy abiertos, no siempre interrogan sobre cuestiones inocentes. Es algunas veces un astuto proyectista. El postillón que trotó á la cabeza de la cabalgata para anunciar en Conapaya la llegada de las viajeras, tocando vigorosamente su cuerno, causó un pánico por elegir como cuarto para

almuerzo en el tambo ó posada, un departamento en que las señoras se encontraron frente á frente con un caso de viruelas en el peor período de la enfermedad. La escapada de esta peligrosa situación fué repentina y algo dramática, pero, como lo explicó un médico encontrado al día siguiente en el camino de Potosí, la gran altura evita evidentemente el contagio y la enfermedad nunca ha sido conocida sino como casos esporádicos traídos de las regiones más bajas. Esto no calmó enteramente la ansiedad, sin embargo, y al llegar á Potosí fué llamado el médico



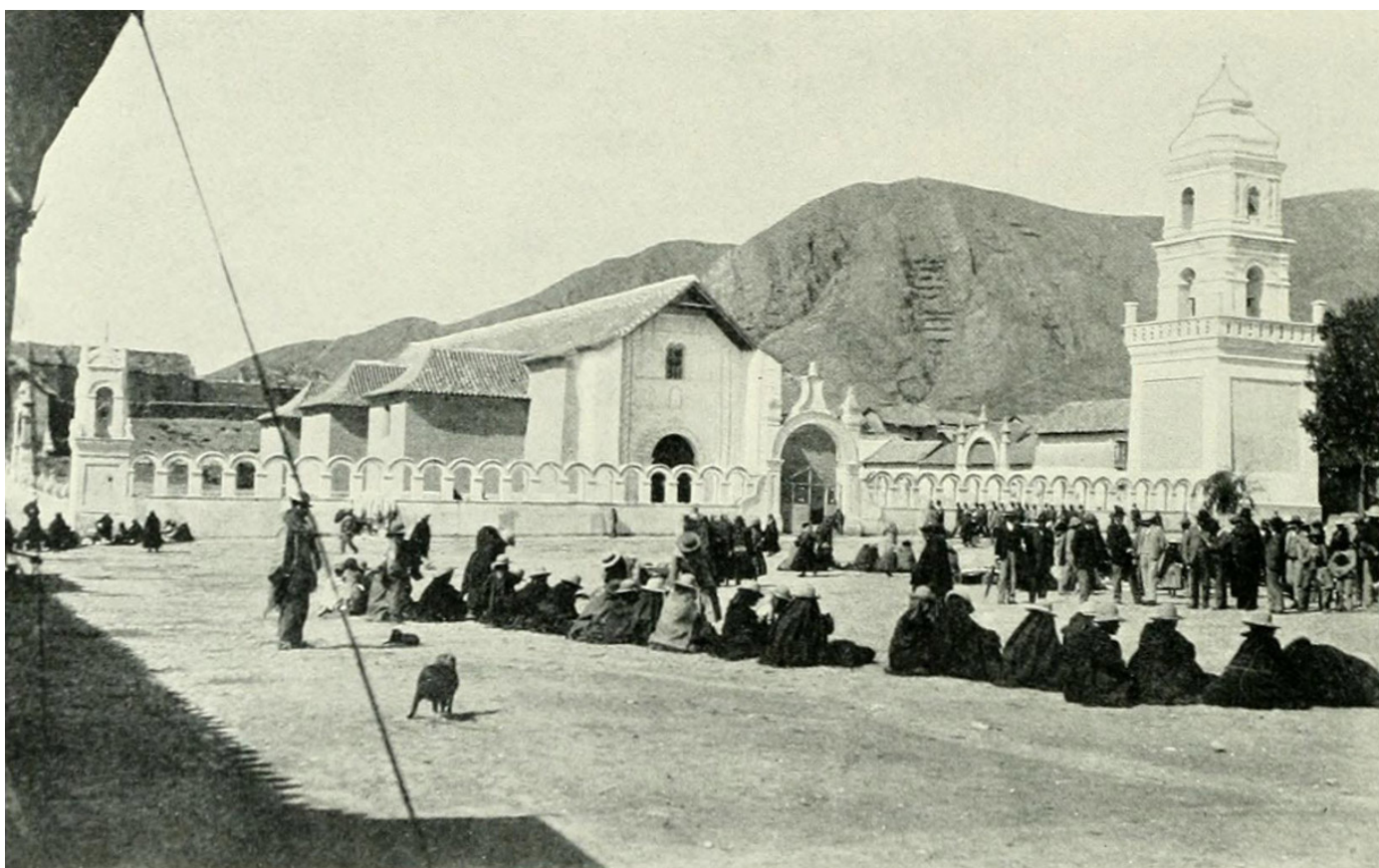
UN CAMINO RURAL CERCA DE LA PAZ

para que vacunara á toda la partida. Palacios se opuso y rechazó ser molestado, al postillón no pudo encontrársele, pero del pequeño ayudante se hizo una víctima, á pesar de su renuencia.

Naturalmente había mucho que ver en la admirable antigua ciudad de Potosí y fué sólo después de algunos días que las entusiasmadas visitantes de la Villa Imperial pudieron pensar en seguir adelante. Aquí, como en todas partes, la hospitalidad se mostró generosa y el tiempo se hizo para ser gastado agradablemente en compañía de encantadores nuevos amigos. El señor Juan Ugarteche, y su bella esposa, cuyo padre es el señor Bebín, uno de los más ricos propietarios de minas de Bolivia, fueron tan atentos como otros muchos.

Se dice que la ruta de Potosí á Challapata, el camino de coche que termina en la estación del ferrocarril de Oruro á Antofagasta, es mejor que la de Sucre á Challapata, y sin embargo es difícil creer que ningún camino presentara más dificultades á las jinetas, que el citado. La marcha del primer día ofreció pocos inconvenientes, excepto una creciente que puso al río impasable en el vecindario de Mendieta, un lugar minero, lo que hizo forzoso esperar pacientemente hasta que pasara el río. Las expresiones de «llegar» y «pasar» el río suenan muy extrañas al extranjero. «Pienso que llegaremos á la próxima posta antes de pasar el río,» decía el arriero. Y al principio, la

idea de este pasajero transitorio fué una fuente de gran distracción, pero como la existencia de los ríos depende de las lluvias que bañan las hendeduras de la montaña, puede entenderse con facilidad que su «llegada» es un suceso enteramente eventual. Algunas veces se mantiene una pequeña corriente para marcar su curso turbulento, pero aun esto no es seguro todo el año. Se han hecho grandes trabajos para conservar los pasos de los caminos. Palacios enseñó el Puesto del Diablo, á algunas leguas de Potosí, entre Yocalla y Tarapaya, como un maravilloso trozo de construcción de Su Majestad Satánica, á causa de una apuesta por el alma de un amante trasnochado que estuvo incapacitado para atravesar la corriente y evitar que su novia se casara con otro y convino en dar su alma al diablo si éste construía el puente antes del canto matutino del gallo. Cuando el trabajo estaba casi terminado, el joven se arrepintió de su apuesta impía y rogó á la Virgen que lo salvara del espantoso pecado que había cometido. Su ruego fué oído y el gallo cantó antes de que la última piedra fuera colocada en el arco. El joven saltó á través del puente casi concluido y mientras el diablo maldecía la mala suerte que había sobrevenido á su empresa, recibió las bendiciones de la Iglesia, casándose con la bella dama de su elección.



CHALLAPATA, LUGAR DEL FERROCARRIL Y ESTACIÓN FINAL DEL VIAJE EN MULA DESDE POTOSÍ

En cada carretera de la cordillera se ven grandes rebaños de llamas llevando y trayendo pequeñas cargas de las minas. Una mañana fué contado un millar de estas magníficas conductoras de carga, en recuas de cien, por término medio. La mayor parte llevaban trozos de estaño para Challapata ó mercancías de aquella ciudad para Potosí. Los trozos pesaban veinticinco libras y cada llama llevaba dos. Una llama de medida común puede conducir de cincuenta á sesenta libras y los animales más grandes ochenta y hasta cien en raros casos. Pero la llama conoce su capacidad de carga y rechaza en absoluto llevar encima una onza más. Si se le hace semejante insulto, se sienta en el camino hasta que la carga ofensiva le es quitada. Ruegos y golpes no lograrán que se ponga

en pié de nuevo, y algunas veces, aun después de quitada la carga se resiste á continuar el viaje. Las otras llamas no proseguirán sin ella y es una cuestión seria con el indio conductor, si arrastrar la llama hasta que convenga en caminar ó matarla cuando la caravana puede seguir adelante con su carga. La llama viaja de nueve á diez millas por día, conservando un paso lento majestuoso, con la cabeza alzada y volteando de un lado á otro del camino cuando los objetos despiertan su interés. Es un animal de apariencia soberbia, algunas veces de vistosos colores, cuando su piel ha sido teñida de rojo, amarillo ó verde para hacer juego con su amo y se le ponen cintas de matices brillantes en los huecos taladrados en las puntas de sus grandes y derechas orejas. Los indios creen que la llama tiene el alma de un Inca muerto y que esto es causa de su orgullo. Un Indio que posee un rebaño de llamas es independientemente rico. La llama busca su alimento; su lana proporciona las ropas del indio; sus huesos le sirven de utensilio; su carne es alimento en cualquiera emergencia; de su piel hace sus sandalias; y el estiércol es el combustible con que cuece sus comidas. La llama rumia su alimento y cuando se encoleriza ó teme, su defensa es escupir al ofensor. De su lana se hacen *ponchos* durables, fabricados por los indios en telares primitivos. Como el viaje llegaba á su término, los caminos parecían más escarpados y las postas más lejanas. A veces es cuestión de duda si las mulas hacen el camino con las patas ó se deslizan sobre las narices por las pendientes casi perpendiculares; y después, cuando una subida repentina cambia las apariencias, no se da uno cuenta de cómo conservan el equilibrio en el escaso punto que sus patas traseras han asegurado en los bordes del precipicio, mientras las delanteras, vacilan con apariencias de un último esfuerzo por alcanzar una base sólida. No ocurrió ningún accidente, y aunque parte de él, entre Leñas y Vilcapugio, fué á una altura de más de diez y seis mil pies, con intenso frío en la noche y á menudo en la mañana con el camino cubierto de nieve, ni un momento de sufrimiento se sintió y cada día fué conductor de una nueva distracción. Uno de los más divertidos conocimientos fué la llegada á Tolapalca, cerca de Vilcapugio, en un día de fiesta de indios. El patio de la posta estaba lleno de una alegre muchedumbre con ponchos brillantes, verdes, amarillos, rojos y azules, toda descalza en aquella gran altura y casi todas las mujeres conduciendo chiquillos que se balanceaban en sus espaldas. Había músicos, cuyos instrumentos eran flautas primitivas llamadas *quenás*, cuernos, *charangos* y tambores y á frecuentes intervalos marchaban de dos en dos y entraban á la cantina de donde corría la *chicha* como agua. Los hombres, las mujeres y los niños rociaban una parte del licor en el suelo cuando bebían, como una ofrenda á la Madre Tierra, ó, de acuerdo con algunas autoridades, para hacer propicios los espíritus invisibles que se supone están presentes en todas ocasiones; y después de cada libación hacían la ceremonia de atravesar el patio de dos en dos y arrodillarse en el suelo á cada tres pasos, para besar al Donante de todos sus beneficios. Como su *chicha* se hace de maíz, su homenaje es un reconocimiento de la fuente benéfica que se los proporciona. Aun en las fiestas religiosas de la Copacabana, los indios observan muchas de sus ceremonias primitivas, ofreciendo con sus costumbres una extraña mezcla de las enseñanzas paganas y cristianas.

Una operación divertida en las postas más pequeñas de las comarcas más remotas del país, era la de la presentación de la carta oficial del Gobierno al Alcalde del lugar, acto necesario para obtener mejores atenciones. Muchas de estas autoridades rurales hablan solo las lenguas Quichua ó Aymará y como Palacios estaba familiarizado con ambas, tenía que interpretar el contenido del misterioso documento, lo que hacía comúnmente con énfasis florido. «¡Papell!» «¡Gobierno!» eran las mágicas palabras con que principiaba su esfuerzo oratorio y era fascinante espectáculo el del Alcalde con su poncho vistoso, su vara adornada con remates plateados, en señal de su cargo,

sostenida apretadamente en una mano, y ojeando con avidez las páginas de un documento que aparentemente significaba poco ó mucho para él, según fuera la elocuencia del arriero. Pero estas autoridades son excelentes jueces de la naturaleza humana y no es fácil engañarlas. El Alcalde



INDIA QUICHUA DE POTOSÍ

gobierna bien su pequeño cantón, pero no puede evitar siempre los abusos, porque los indios de la meseta son astutos y fértiles en recursos. Ocurrió un risible incidente para demostrar que, por lo menos, no son tan estúpidos como creen algunos extranjeros. Fué necesario comprar pan y se envió al arriero á conseguirlo en la forma de *pancitos*, como se llama á las hogazas pequeñas. Después de ponerlos en la mesa, salió á descargar las mulas y en el ínterin apareció una pobre anciana india con algunos niños pegados á la saya y mendigando pan. Todos los *pancitos* fueron arrojados en su falda y se llamó al arriero para que comprara más. Viendo á la mendiga, su faz se descompuso con una ancha sonrisa de burla al comprender el juego y exclamó: «¡Pero señora, si esa mujer es la que me vendió los *pancitos*!» Fué una transacción que habría dado reputación á los métodos ingeniosos de *Seven Dials*! (El sitio donde residen los célebres rateros de Londres se llama *Seven Dials*.) Como tipo de su clase, el arriero mismo lo era para un divertido é interesante estudio en

todo el viaje. Tenía solución lista para toda dificultad. La prontitud con que disponía de una mula cansada ó perezosa y aseguraba una excelente para reemplazarla, la sorprendente facilidad con que obtenía favores de los empleados más negados de las postas pequeñas y el genio efectivo que desplegaba en conseguir los servicios voluntarios de arrieros y postillones que pasaban, para cargar y descargar sus mulas, eran pruebas de que bajo circunstancias más favorables Palacios podía haber sido un gran político ó un magnate financiero. Nació diplomático. Y aunque algunas veces fué molesto que oyera cortésmente toda indicación, á las que invariablemente contestaba con «sí, señora,» y continuara llevando á cabo sus propios planes, respondiendo á cada insistente demanda con un tranquilizador «no tenga cuidado, señora,» la experiencia demostró que su juicio era siempre correcto; de modo que las indicaciones fueron menores á medida que el viaje adelantaba y finalmente no se le hacía ninguna.

Cuando las viajeras entraron al pueblo ferrocarrilero de Challapata, concluido su viaje desde Potosí, el primero de febrero de 1906, estaban bastante quemadas por el sol, á pesar de las máscaras, velos y sombrillas, pero tan felices y optimistas como cuando partieron de Oruro casi dos meses antes, y fueron entusiastas en elogiar la grandeza del país, su clima maravilloso y abundancia de recursos. El viaje no fué terminado sin hacer una visita á las minas de Huanchaca, des-

pués de la cual se tomó otra vez la diligencia de Oruro á La Paz. Las alturas de La Paz fueron una vista agradable cuando divisadas temprano en el mediodía del tercer día de la salida de Oruro, y á las cuatro de la tarde las señoras bajaron del coche en la estación carretera de Challapampa. Algunos minutos después de las cinco presentaron sus tarjetas en el Ministerio de justicia é Instrucción, para cumplir la primera obligación de su regreso, que era la de dar las gracias al Presidente Montes, por medio del señor Saracho, por las muchas atenciones, recibidas en todo Bolivia, de los empleados del Gobierno. Inmediatamente les fué acordada una entrevista, durante la cual el señor Saracho expresó gran satisfacción por el término feliz de este largo viaje.

Todas las fatigas y los pocos desagradables incidentes de las millas viajadas por Bolivia y los veinticuatro días de marcha á caballo fueron prontamente olvidados con la cordial recepción que fué dada á las dos señoras á su vuelta á La Paz. Mr. Sorsby fué muy lisonjero en su elogio del coraje y determinación de sus conciudadanas y Su Excelencia el Presidente, á quien visitaron para ofrecerle sus respetos antes de abandonar este interesante país, les dijo al despedirlas: «En Bolivia se ha oído mucho del valor y la energía notables de la mujer norteamericana, y ustedes nos han mostrado un admirable ejemplo de ello.»